



en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 167 – ABRIL 2026

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

De nuevo en Tamahú

Antonio Salas

Llevo años repitiendo que gestionar una misión a distancia no carece de riesgos ni tampoco de problemas. Por eso, al menos un par de veces al año, decidimos visitarla. Y, al hacerlo, lo normal es que debamos enderezar más de un entuerto, a la par que disfrutamos viendo cómo nuestra obra sigue retando al futuro. A principios de marzo Fátima y yo nos personamos una vez más en Tamahú, alojándonos en una modesta casa de huéspedes donde –rodeados de austeridad- nos sentimos muy a gusto. Uno de nuestros primordiales cometidos, además de pulsar el ritmo de cada proyecto, era mantener un contacto más cercano con cuantos integran el Comité Ejecutivo de Fratisa en Tamahú. Lo hicimos con sumo gusto, por más que nos impactara la alarmante situación de muchas familias que viven en sus respectivas aldeas. Por fortuna Fratisa algo logra paliar sus dolencias, construyéndoles unos hogares en los que puedan vivir con holgura.



Vivienda de Fratisa, recién inaugurada (31/03/26) en la aldea de Sssoch



La turbamulta de nuestros beneficiarios antes del reparto mensual de bolsas de alimentos

Con un admirable espíritu de entrega por parte de nuestros colaboradores, durante el mes de marzo hemos logrado construir cinco nuevas viviendas. En principio, pudiera parecer normal. No lo es tanto, sabiendo que estos meses hemos tenido un tiempo muy desapacible, pródigo en aguaceros y vendavales. Aun así, con tesón y pundonor se han logrado superar los obstáculos, brindando un nuevo hogar a varias familias que vivían casi a la intemperie. No tuvimos oportunidad de asistir a la inauguración de ninguno, entre otras razones, por la inclemencia climática. Mas no por ello las familias

agraciadas dejaban de expresarnos su agradecimiento. Con algunas nos encontramos por azar y con otras tuvimos un breve coloquio (solo en monosílabos, pues apenas hablan español) el día en el que se repartieron las bolsas de alimentos.



Nuestro representante, repartiendo dulces y caramelos a los chiquillos

Suele ser este un evento que, aun repitiéndose todos los meses, siempre cala muy hondo en el alma. Aunque oficialmente solo se repartan 160 despensas, acostumbran a juntarse, entre niños y adultos, no menos de 250 personas, ávidas de ver

cómo sus cestas van acompañadas con unas palabras de cercanía y cariño. En esta ocasión, me emocionó la plegaria comunitaria dirigida por don David, el “cocode” (lider) del caserío de San Francisco. Aunque él sea católico, son bastantes quienes militan en otras religiones o sectas. Quizá por ello siempre me ha cautivado el espíritu de recogimiento que todos comparten durante la oración comunitaria. En esta ocasión, me cupo el honor de dirigir también unas palabras al auditorio. Traté de inculcarle que Fratisa, aun sin conocerlos, a todos los considera amigos. Y que nuestro objetivo con ellos se cifra en paliar los estragos que les causa la desnutrición. Mi breve discurso fue coreado por un cerrado aplauso que se intensificó aún más cuando mi traductora lo vertió en su idioma nativo.



José, reclamando con brío sus golosinas

Me daba mucha pena ver cómo algunas personas, aun sin ser convocadas por no figurar en nuestros listados, se acercaban a nosotros en actitud suplicante, dándonos así a entender que ellas también necesitaban alimentos. Conmovida ante su desdicha, la misionera Fátima repartió 12 bonos extra para que sus poseedores se personaran en el supermercado donde se les ofreció una bolsa de víveres. Para mí resultó también muy emotivo el momento en que nuestro representante en Tamahú, Raúl Leal, comenzó a repartir entre la chiquillada grandes puñados de dulces y caramelos. Nadie se quedó sin su agasajo. Hasta el aire se impregnaba de ternura al ver cómo los niños se aprestaban a depositar sus trofeos en el regazo de sus mamás.

Finalizado el acto multitudinario, algunos pacientes se pusieron en fila ante la oficina de Fratisa, para compartir sus cuitas con don Raúl. Me admiraron sus conocimientos médicos. Tras tantos años de praxis se ha familiarizado con los males y las dolencias.

En la oficina ha instalado un pequeño botiquín con el que se cubren las necesidades más perentorias. Y, cuando el problema requiere medicación sin receta médica, se les expide un recibo con firma y sello para que la recojan en la farmacia del pueblo. Por lo que pude observar, nadie se queda sin ayuda. En los casos más preocupantes, el paciente es citado para el día y hora en que nuestro microbús viaja a Cobán donde nunca falta la oportunidad de conseguir una consulta médica. Desde que nos instalamos en Tamahú (a. 2017), los enfermos y discapacitados siempre han sido objeto de una especial atención por nuestra parte. No creo osado afirmar que muchos sobreviven por la gracia de Dios y la ayuda de Fratisa.

Entre ellos, cabe citar el caso de don Sebastián Sam, de quien algo he escrito en otras ocasiones. Hace ya más de dos años, mientras esperaba el autobús en una cuesta muy pronunciada, al detenerse el vehículo, le fallaron los frenos, derrapó y dejó a don Sebas más muerto que vivo. Con diligencia, fue trasladado al hospital donde se le apreció la ruptura de varias costillas y la columna vertebral hecha añicos. Pocos



Don Sebastián, paseándose en su silla de ruedas

hubieran dado un penique por su vida. Sin embargo, tras un par de meses ingresado en el nosocomio, pudo regresar a su hogar donde quedó postrado en su camastro, con una inmovilidad casi absoluta. Nuestro buen amigo, Nino Moro, al verlo rodeado de miseria, logró que su comunidad italiana afrontase los costos de una nueva vivienda, en la que el paciente quedara guarecido del frío nocturno y de los aguaceros torrenciales que antes campaban libres por su mísera chabola.

Desde el primer momento, Fratisa se hizo cargo de que no le faltaran ni medicinas ni pañales ni alimentos. Su hijo, Efraín, haciendo acopio de valor y cariño, no cesó de prodigarle atenciones y desvelos. Y, aunque nadie pensaba que el enfermo pudiera incorporarse, hace menos de un mes, entre tres señores lograron levantarlo y, sentado en una silla de ruedas, pudo dar un breve paseo por una naturaleza que llevaba más de dos años fuera de su alcance. Fue el comienzo de una nueva fase en su proceso de recuperación. A partir de entonces, a veces -con ayuda- consigue sentarse durante un rato en su cama. Sin pecar de optimistas, podemos augurarle una lenta y a su vez progresiva mejoría que le permita moverse en una silla de ruedas o quizás -¿por qué ahuyentar la esperanza?- gestionar su vida con la ayuda de unas simples muletas. Los médicos, desde un principio, dejaron bien claro que su recuperación sería muy difícil, pero no imposible. Ello nos permite confiar que -si Dios nos echa un cable- entre todos lograremos que don Sebas siga sonriendo a la vida.



Anderson, ávido de seguir retando al futuro



La familia de Anderson, a punto de estrenar vivienda

Otro caso que me embargó de emoción fue el del pequeño Anderson (15 años), de la aldea de Onquilhá. Desde hace por lo menos ocho años Fratisa se viene ocupando de él. Ya por aquel entonces se le había diagnosticado una distrofia muscular muy severa que, al otear el futuro, dejaba muy escaso margen al optimismo. Los doctores le auguraban un par de años de vida. Pues bien, a partir de aquel momento, Fratisa se implicó en su caso, arropándolo con medicamentos y otros mimos. De hecho, para paliar su dolencia, se construyó para su

familia una modesta casita de madera. Y ello motivó sobremanera a Anderson, animándolo incluso a cursar estudios. Y así lo continúa haciendo. Supimos, sin embargo, que, con el paso del tiempo, la casita de madera amenazaba ruina.

A través de nuestro representante, se vio la conveniencia de levantar una nueva vivienda familiar, pero esta vez con ladrillos y hormigón. Y así lo hicimos. Para Anderson fue como inyectarle una sobredosis de vida. De hecho, durante nuestra estada tuvimos arrestos para personarnos en su aldea y departir un par de horas con su familia. El niño irradiaba gozo. Ayudándose con su bastón, se movía hasta con donaire. Al visitarlos, su nueva casa estaba a punto de rematarse. Hoy sabemos que ya ha sido inaugurada. La familia no cesa de agradecer a Fratisa tan noble gesto. Y Fratisa no cesa de agradecer a Dios su apoyo para abrir al pequeño Anderson un horizonte de ilusionada esperanza.

Describir lo experimentado durante los días que permanecemos en Tamahú resulta casi imposible. Soy muy consciente de que visitar la misión es un reto que cada vez me va resultando más arduo. Mas, aun así, solo resta agradecer a Dios que nos permita seguir manteniendo una obra cuya modestia no impide que cada año unos 2000 indígenas se beneficien con las ayudas ofrecidas por ella.

Dije al principio que en la misión tampoco faltan ni problemas ni entuertos. Me ahorro describirlos, aunque sin ignorar que nuestros lectores fácilmente podrán intuirlos. A veces –acaso sea un residuo cultural inevitable- pienso que podría mejorarse su espíritu de solidaridad. Pido a Dios que nos ayude a conseguirlo. No en vano, a través del mensaje de Jesús, nos invita a entronizar en el mundo una égida de paz, de concordia y de amor. Con su apoyo lo lograremos.

Atención al enfermo

Raúl Leal

Celebro con fruición que la Semana Santa haya abierto un paréntesis que me permita recuperarme del inevitable desgaste ocasionado por el trato diario con quienes sufren alguna enfermedad, sea física o mental. Durante el mes de marzo se han intensificado aún más mis viajes a Cobán, unas veces para las terapias de nuestros discapacitados y otras para consultas, ingresos y exámenes en alguna clínica o hospital. Aunque realizo mi trabajo con una dedicación casi absoluta y me encanta saberme útil ante las necesidades de las personas más desvalidas, no por ello dejo de acusar la carga que genera el roce continuo con situaciones



Nuestros discapacitados, llegando al Centro de rehabilitación

que laceran el mundo de mis sentimientos. Sobre todo, cuando la dolencia va envuelta en un halo de soledad, abandono e incomprensión. Tal es, entre otros, el triste caso de doña Margarita Cucul Quej (73 años), del caserío de Comonhoj cuya vida es un puro penar. Fue tan profundo mi impacto al visitarla en su mísera chabola que aún hoy –han pasado ya tres semanas- he de contener mi ira al recordar lo vivido con ella junto a su zarrapastroso jergón.

El indignante desamparo de doña Margarita

Sé muy bien que el caserío de Comonhoj es uno de los más distantes y de acceso más intrincado. Por eso pocas veces me persono en él. Lo hice el pasado 9 de marzo cuando se me dijo que una de sus comunitarias atravesaba una situación trágica. Así pude constatarlo al entrar en su humilde hogar. En uno de sus rincones, gimoteando con susurros a causa de sus dolores, yacía postrada la señora Margarita Cucul. Según me indicaron sus familiares (se dejaron ver al enterarse de mi presencia) no se había levantado de su lecho desde la época del covid. Más precisiones no me dieron. Lo que sí pude observar era que nadie osaba acercarse al camastro de la enferma. Todos se mantenían alejados cual si fuera una apestada. Y ello se acentuaba aún más en los niños cuyos papás los invitaban con su frígida



Doña Margarita Cucul, postrada en su lecho de dolor

mirada a abandonar el hogar por la puerta de salida. Al poner mi rostro junto a su cara, la paciente dio un respingo de sorpresa. No estaba acostumbrada al contacto humano. Tras someterla a un breve interrogatorio, pude saber que arrastraba un severo problema de matriz, acentuado por dos llagas (una en la nalga y otra en el glúteo) que la sumían en el desespero ante cualquier intento de moverse.

Quedé casi petrificado, no sé si por los sollozos de la enferma o por el pasotismo de sus allegados. Estos se limitaban a mirar sin que nadie hiciera el menor ademán de aliviar los quejidos de quien suspiraba por el calor de una mano amiga. Tal mano se mantenía a varios metros de distancia. Casi sin inmutarse, sus familiares admitieron que nunca la

habían llevado a un centro médico, nunca le habían comprado medicamentos y nunca le habían brindado el menor atisbo de cariño. En pocas palabras, nunca habían hecho nada por la enferma. Se me encogió el alma cuando, al descubrirla, vi que sus dos úlceras estaban casi cubiertas con los desechos humanos, ya que la suciedad se había adueñado de su maltrecho organismo. Sus parientes no tuvieron empacho en confesarme que se mantenían alejados de ella por miedo a contraer un contagio. Por más que traté de inculcarles que sus recelos eran del todo infundados, mis palabras topaban con un muro de difidencia.

Viendo que resultaba imposible convencerlos de su error, me apresté a brindarles soluciones. Me ofrecí a llevar cuanto antes a la enferma para que, en un centro médico, fuera examinada por un doctor. Me respondieron que su pobreza les impedía dar un solo paso al respecto. Aun garantizándoles que no deberían pagar ni un centavo (todos los gastos los cubriría Fratisa), en nada cambió la hermética expresión de sus rostros. Les brindé ayuda gratuita, devolver la salud a la enferma, regalarle medicinas,

calmantes y paliativos. Es decir, les ofrecí la posibilidad de devolver la vida a quien se estaba adentrando en la muerte. Les dejé mi número de teléfono, poniéndome a su disposición para cuanto precisaran. Mas, aun con todo, saqué la impresión de que su mayor deseo se cifraba en perderme cuanto antes de vista. De hecho, han pasado ya bastantes días y aún no he recibido llamada alguna. No dudo que hacen suyo un lema muy manido entre nuestros aldeanos: “De morir, que sea en casa”. Tengo claro que dejarán que la enferma se consuma de soledad, dolor, angustia y desamparo. Aunque se me retuerzan las vísceras solo al pensarlo, he de asumir que doña Margarita acabará su andadura en este mundo rodeada de desatención. Son las leyes que a veces rigen el sino y destino de quienes -suscritos a la ignorancia- rinden culto al fatalismo. Solo me resta pedir a Dios que doña Margarita deje cuanto antes de penar.

Los amoríos a veces resultan amargos

Sin desalojar por entero de mi mente la indignante situación de doña Margarita, paso a consignar otro episodio que, visto desde su lado cómico, se antoja un cuento miliunochesco. Pero ni aun con ello se logra aligerar su carga de dramatismo. La protagonista es una muchacha de la aldea de Naxombal, llamada Gloria Angelina Ja Xillim (19 años). Hace menos de un año se enamoró, a través de las redes sociales, de un joven que vivía en la aldea de Sequib. Aun sin conocerse personalmente, su idilio no cesó de afianzarse. Y, tal como a veces ocurre, el fuego de su pasión avivó un encuentro furtivo que dejó embarazada a la adolescente. Al percatarse de su traspie, decidió mantenerlo oculto. Sin embargo, su madre –viendo que se le había cortado el período- le sonsacó la verdad. Indignados ambos progenitores, se encaminaron hacia la aldea de Sequib para exigir



El abatimiento de Gloria Ja Xillim



Trasladando el cadáver de la neonata

al futuro padre que asumiera sus responsabilidades. Cuál no sería su asombro cuando, al entrar en su hogar, lo encontraron conviviendo con otra muchacha a la que también tenía embarazada. Ante una escena tan trágica como grotesca, se enfurecieron aún más.

Tras un diálogo donde el enfado de los ultrajados acabó doblegando la cerrazón del presunto culpable, este se avino a acompañarlos hasta su hogar para mantener un careo con su frustrada novia. El encuentro, amén de reproches y justificaciones, ayudó a diluir la obstinada tozudez del muchacho quien, aunque a regañadientes, asumió su

obligación de velar por la futura criatura. Los papás de Gloria, no contentos con simples palabras, quisieron afianzar el compromiso del “novio” ante el juez de paz del poblado, con un documento oficial que avalara su decisión. Todo iba, pues, bien encarrilado hasta que se celebró el juicio. Ya en él, el acusado se desentendió por completo del caso, negando toda responsabilidad personal al respecto. Huelga añadir que el disgusto de los señores rayó en el paroxismo. El padre tardó, de hecho, muy poco en contraer diabetes, mientras su esposa, que ya estaba enferma, quedó al borde del desahucio. Sin embargo, más que aferrarse al desespero, apremiaba canalizar la andadura de la futura mamá.

Haciendo un esfuerzo económico, la llevaron a un centro médico donde, tras un examen de laboratorio, se vio claro que en unos meses alumbraría a un par de gemelas. Como dice el refrán: “Por si fuéramos pocos, parió la abuela”. Fue entonces cuando, aliándose con la frustración, acudieron a mí en busca de ayuda. Obviamente se la ofrecí. Cuando Gloria dio a luz a sus dos retoños, recibió las atenciones del hospital. Aun así, tras unos días de incertidumbre, una de las criaturas falleció. La mamá se vio obligada a quedarse en una casa cercana hasta que se le autorizó llevarse a la hija que seguía viva. Pero ¿qué



hacer con la fallecida? Me pidieron que les ayudara a costear el féretro. Mas, por estar ya próximo el fin de mes, me había quedado sin presupuesto. Así se lo hice saber. En cambio, me ofrecí a trasladar el cadáver en nuestro vehículo desde el hospital (Cobán) hasta su aldea (Naxombal).

Lo hicimos sin pompa, pero con recato. Ya en la aldea, se procedió al sepelio de la neonata mientras los padres de Gloria trataban de atemperar su desconsuelo. Mantuve un jugoso colo-

quio con ellos, invitándolos a quitar hierro a su desgracia. Lo que le había ocurrido a su hija no era un caso único en nuestro planeta. Más que dar pábulo al lamento, los insté a planificar el futuro. Me afané por inculcarles que Dios nunca abandona. Al ser personas de fe, quedaron reconfortados con mis palabras. Y yo regresé a mi hogar pidiendo a Dios que vele por un sinfín de “Glorias” que, adscribiéndose a la insensatez, hipotecan su futuro adentrándose en un camino sin retorno.

Un lunes con mucha carga y poco lustre

Tres días a la semana (lunes, miércoles y viernes) suelo viajar con el microbús a Cobán para que nuestros discapacitados reciban sus correspondientes terapias. Eso fue exactamente lo que hice un lunes de este pasado marzo que desearía borrar del disco duro de mi memoria. Y no por problemas con los pacientes, sino por una retahíla de contratiempos. Ante todo, debo advertir que apenas estaba superando una gripe muy molesta que en estos meses suele hacer estragos en Tamahú. Son, de hecho, famosos sus cambios drásticos de temperatura. Se pasa de un calor casi asfixiante a un frío casi gélido. Ello hizo que me enfermara. Y, sin estar aún repuesto, comencé a las 6:00 de la mañana mi habitual ronda para recolectar pacientes. Ese día me acompañaron –entre otros- Nataly Nalley Juc Caal, de la comunidad de Naxombal y el joven Rafael Moisés Jalal Quej, de Jolomché. Aunque me sentía algo

mareado, recogí también a la joven madre, Lucía Mac Cárcamo, del caserío “Concepción de María”, pues tenía que arreglar unos asuntos familiares (así me dijo) en el juzgado de primera instancia.

Quisieron los hados que, al entrar en Cobán, casi me rozara con un vehículo que, sin respetar mi preferencia por circular como ambulancia, se lanzó raudo hacia la calle principal, sin darme tiempo a reaccionar. Sobre todo, porque conducía bajo los efectos de la fiebre. Hoy es aún el día en que ignoro de quién pudo ser la culpa. Lo cierto es que el incidente me marcó durante el resto de la jornada, sin que por ello dejara de realizar mis labores. Y así, tras dejar a nuestros discapacitados en Fundabiem, trasladé al señor Edwin Adolfo Sagui Xol (34 años) al hospital regional de Cobán adonde había sido



Una de nuestras pacientes, saliendo del hospital

remitido por el Centro de Salud de Tamahú. Allí debía ser evaluado por un psiquiatra sobre su estado depresivo. Aunque lo viene arrastrando desde hace años, últimamente se le ha acentuado bastante.

Mientras lo acompañaba en el nosocomio, ardía en ansias de regresar a Tamahú. Y no tanto por mi estado febril cuanto por haberme topado con una patrulla de policías en un cruce de caminos. Pensé que podría procederse a un bloqueo de carretera, pues en esos días la gente estaba muy alborotada a causa de la desmesurada subida de los carburantes que incidía obviamente en los precios del transporte público y de la cesta de la compra. Por fortuna era una falsa alarma, regresando a Tamahú sin el menor contratiempo. Fue al llegar cuando me surgieron.

Estando tranquilo en mi oficina, llegó jadeante la joven Lucía para solicitar mi apoyo. Seguía con la idea de interponer en el juzgado una demanda contra el padre de sus cuatro hijos (dos venían con ella) por abandono del hogar. Para tramitar su expediente, se le exigía la partida de nacimiento de cada hijo y ella no tenía recursos para sacarlas. Pues bien, el tema burocrático se complicó aún más al pedirle también un certificado de matrimonio. Y, por

supuesto, todos los gastos corrieron a cargo de Fratisa. Lo hice gustoso por sus cuatro niños, ya que la infancia desprotegida siempre me ha inspirado ternura. Tras ultimar los trámites con la joven madre, decidí culminar mi jornada subiendo a la aldea de Cabilhá para visitar a Jazmin Daniela, una de nuestras discapacitadas cuya madre –según se me notificó- se encontraba enferma. Dio la coincidencia de que, antes de llegar yo, ella se había dirigido al Centro de Salud. Aproveché, pues, la coyuntura para acercarme hasta el hogar de Baldomar a quien le habían amputado un pie. Lo encontré algo desconsolado, pero plétórico de esperanza. Mantuvimos un dialogo muy entrañable que me ayudó a comprender cómo los problemas, si se afrontan con gallardía, suelen perder consistencia. Al ser Baldomar protestante, recibió la visita de unos correligionarios. Y ello me permitió despedirme no sin antes augurarle toda clase de parabienes.

No quise que el día finalizara sin antes interesarme por la salud de Jorge Ical, aquejado de diabetes, dolencia que por fortuna él se toma muy serio. No faltan por desgracia en nuestro medio rural personas diabéticas que, por minimizar su problema, llegan con celeridad a la tumba. Regresé feliz a mi casa. Y es que, aun siendo un día fuera de lo normal, Dios me había infundido en él fuerzas para no desfallecer.

En realidad, nunca valoro tanto la ayuda divina como en los momentos de mayor agobio. En ellos me siento protegido por un hálito numinoso. Con su apoyo me sé capaz de sortear los obstáculos conservando mi entereza. Así me ocurrió, de hecho, ese lunes donde mis sinsabores quizás se vean sazonados con una multa de tráfico por mi intempestivo altercado con el piloto de aquel coche, cuando entrábamos en la ciudad de Cobán. ¡Primero Dios!

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – MARZO, 2026

<i>DESCRIPCION</i>	<i>CANTIDAD</i>
Pacientes trasladados a neurología	01
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	22
Examen de encefalograma donado por Hospital Regional	01
Pacientes trasladados a oftalmología	06
Medicinas entregadas a pacientes de oftalmología	04
Pacientes trasladados a Fundabiem	09
Asistencias durante el mes en Fundabiem	31
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	14
Pacientes trasladados a hospitales de la ciudad capital	02
Otros traslados a hospitales y otras entidades	03
Consultas médicas privadas y medicinas entregadas	02
Leche pediátrica entregada (botes)	04
Pacientes que recibieron medicina con receta	35
Extracción de piezas dentales	12
Entrega de bolsas de despensas	160
Pacientes a quienes se realizó estudio de Rayos X	03
Pacientes a quienes se realizaron Ultrasonidos	03
Pacientes a quienes se realizó examen Papanicolau	02
Visitas a familias y enfermos	22
Entrega de bastones y muletas	02
Ayuda en el traslado de cadáveres	01

Si desea leer algún otro número atrasado de este Boletín, consulte nuestra Web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ n° _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____ . _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo (así lo hace la mayoría) ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de “Fundación Isabel de Lamo Pattos – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538



Cuando Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

Toda ayuda es de agradecer - ¡Muchos pocos hacen un mucho!